

KANTALE - La casa de Dama Rosa

Kantale:

En este cantón (¿tal vez de ahí kantale?) se empezaron a vender por vez primera en Rentería los chocolates finos, las «esponjas» gigantes, los botes de dulces y de compota, el membrillo granadino, rico azúcar de la Habana y todo aquel género ultramarino que las elegantes de entonces llevaban debajo del brazo mientras sus manos empuñaban los rodetes de «Argisaya» de vuelta de la misa Mayor. Tienda de tradición, de abolengo, con un escudo de prosapia y de méritos de antigüedad en la clave del arco de una vieja entrada todo es en ella, sí, noble recuerdo, pero ¡ay!: ¿qué es todo eso hoy ante un escaparate brillante de luces y de colorido, con unas balanzas niqueladas en el mostrador y éste repleto de un variado y nutridísimo surtido al alcance de la mano?

Tradicción a honradez, a ranciedad, a género que no se fía y que se encubre y esconde, a actitud defensiva y limitada de vendedor, a esperarlo todo del buen nombre adquirido, de la gratitud y lealtad de la parroquia o de la confianza en «su» género al que se le cree ya por siempre, inmejorable.

Modernidad es hoy, por el contrario, audacia, riesgo, letras y giros que van y vuelven, protestos a la orden del día, el mejor y, tal vez, el peor género, pero variedad renovación constante, estímulos y competencia desenfrenados, sobrepujarse a sí mismo, anuncios rutilantes y detonantes, meterlo todo por los ojos y hasta, si cabe, sobarlo y resobarlo con frenesí de posesión. En esto como en el resto de las cosas la fórmula que dominará a la larga será: Lo clásico, lo enraizado, lo ordenado, las formas que pesan y gravitan adornándose de formas que vuelan en juegos de libre y progresiva desenvoltura.

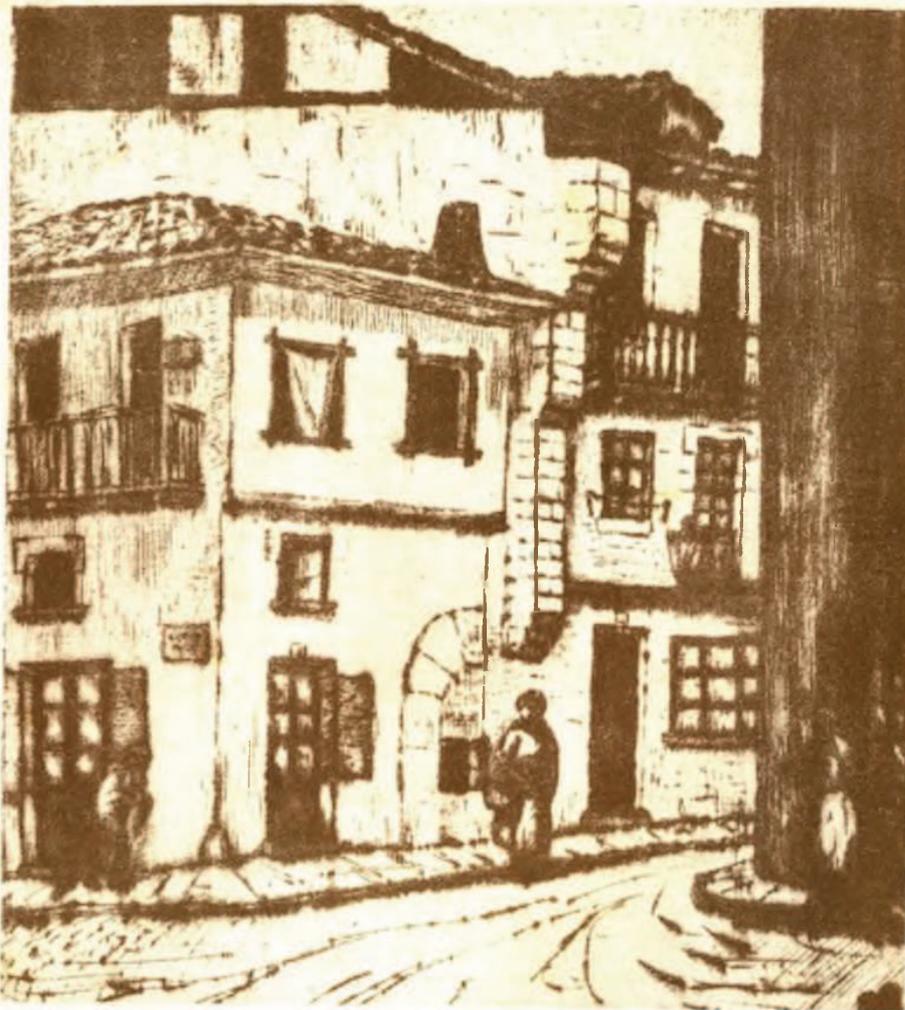
La casa de Dama Rosa:

Este título parece, por su aire romántico, uno de un capítulo barrojiano. Es la casa contigua a Kantale y su entrada, en otro tiempo, protegida de una punta a la otra por una verja de hierro labrado debió de ser más amplia y hermosa y en ella, según dicen, algún «landó» señorial tuvo fácil acceso y libre acomodo.

Esta casa conocida entonces con el nombre de «casino» era punto de reunión de cuando en cuando, de nobles y señores vascos y sus salones de gran riqueza en bronce y en cuadros cobijo de sesiones preparatorias de aquellas «juntas» por cuyo resurgimiento, vitalidad y espíritu liberal han de luchar unidos ahora los vascos puros de corazón y los de claro entendimiento —esta casa era de la propiedad de Dama Rosa —esta Dama Rosa debió de ser una mujer novelesca pero cuya

novela ha quedado inédita para nosotros: tenía un acento vasco-francés (euzkualduna), y ella y su fiel servidora o secretaria una tal Pepa Siranda vestían siempre de luto con una de tocas, velos y mantos, ampulosos y cernidos, con arrugas y dobleces, que les daban un aire de majestades de un Olimpo tétrico.

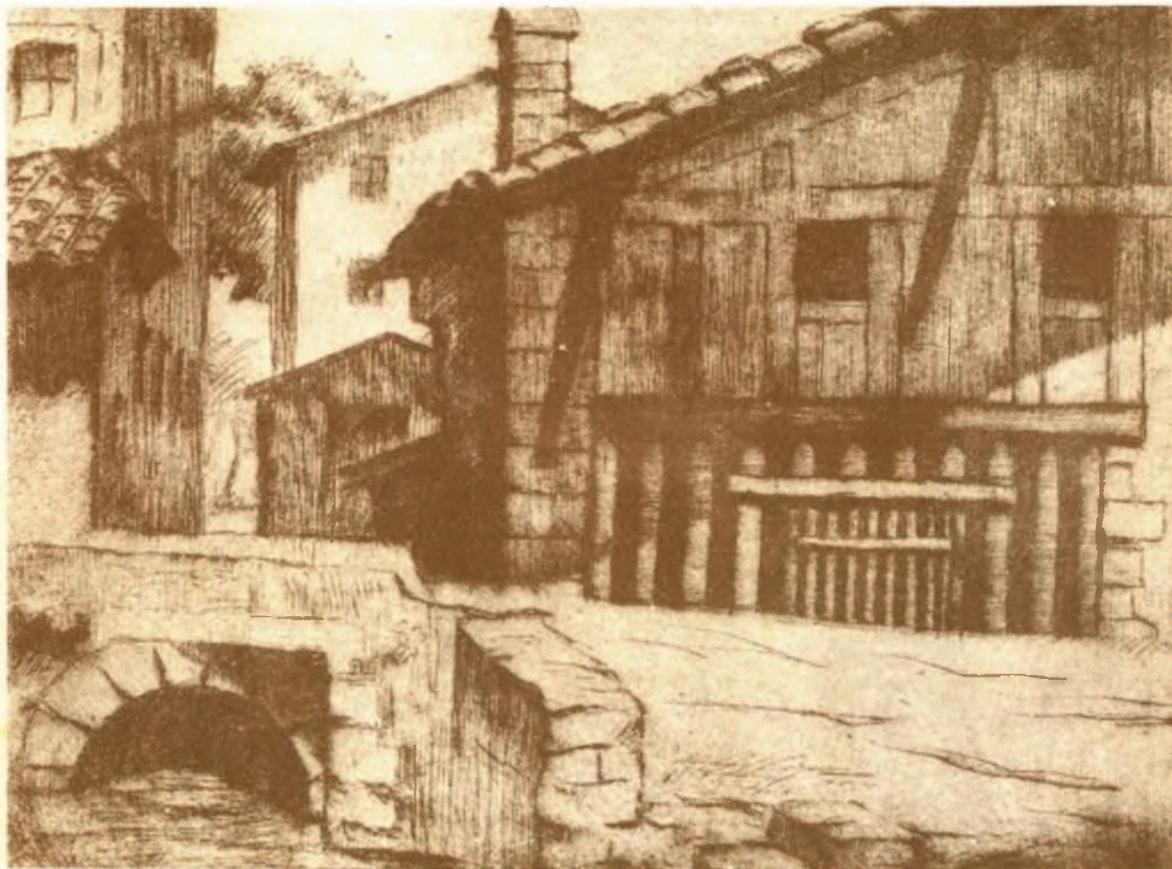
Dama Rosa era muy miedosa y celosa guardadora de sus posibles riquezas —al obscurecer salía de casa y empezaba una ronda de vigilancia alrededor de la iglesia, desde «mikelazulo» hasta el atrio, y sus miradas afiladas penetraban hasta el tuétano de toda intención transeunte —al volver a casa cerraba la suya bajo siete llaves, tapiaba las ventanas y no contenta aún ¡oh suma previsión! se subía a una mesa y desde un ventanillo que aún se puede ver desde la calle Sancho-enea, oteaba el horizonte y calaba sin ser vista en el ánimo del último vagabundo. Lo extraño y cho-



KANTALE - La casa contigua es la de Dama Rosa, que es la que aparece en nuestra portada.

cante del caso es que esta dama después de tanto miramiento y recelo se vió en la necesidad de vender su casa y no podemos imaginarnos qué hacía del dinero o quién se lo tragaba, pero la cosa es que aquella buena hormiguita que se llamó en vida Josepa Ramona (que desde el cielo nos habrá ya perdonado nuestras bromas y latrocinios) con sus gososkus, chivas, pitos, higos, nueces, castañas, y shéntimo a shéntimo le fué «comiendo» lós bronces, los

hierros forjados, los artesonados y cuadros de valor y hoy te presto esto y mañana esto otro se quedó como única propietaria de la casa, amplió su tienda y por ella; oh sagrados hermanos de escuela del viejo Don Cipriano! hemos desfilado dos generaciones de chavales con un «sus» en una mano y una mala intención en la otra: hoy pende en su puerta, simbólica de estos tiempos, la alpargata de Primo Carnera.



ERMITA DE SANTA CLARA

Shamorako-ereka:

—Arroyo claro de infancia

Borde azul de juego púber

(de «Justicias y Ladrones»)

¡Tiempos ricos de fragancia!—

—Sabrosas anguilas en lo limpio

de tu cauce

y con ellas en juego sensual

Recias pantorras, junto a las traguas,

se quiebran, blancas, en el cristal

de tus aguas—

—También fogatas

grandes hogueras

¡Oh noches claras

de Santa Clara!—

Velas y cirios

Rezos y amenes

con perras gordas

sobre las losas,

música y txistu

saltos y brincos

cantos, iřintzis

jayes!, cohetes

blancos, azules

rojos y rosas;

entre murmullos

dulces arrullos

con embeleso

delicia, beso

risas, quimeras

sobre las verdes

verdes praderas—

Hoy todo eso

ya no interesa

¡venga txatarra,

txatarra vil!

y en su custodia

con aire fiero

toda la guardia

Guardia Civil.

KOLDO